

EL OBSERVADOR.

Boletín.

Por fin los presupuestos van á ocupar al Estamento. Su pérflu es inculcar á los señores Procuradores la necesidad de que se constituyan celosos centinelas de los intereses del pueblo. El presupuesto de casa Real es susceptible de una reduccion mayor de la que propone la comision, y nosotros nos lisongeamos que una mal entendida delicadeza no impedirá á los representantes de la nacion de cumplir severamente con su deber. En cuanto á los otros presupuestos estamos persuadidos que ninguna consideracion será bastante á obligar á los señores Procuradores á que cierren los ojos á ciertos abusos tan palpables, que su mera indicacion es ó debia ser su sentencia irrevocable. Sobre todo llamamos la atencion del Estamento hácia aquellos cesantes que están comiendo su sueldo fuera de la nacion sin justa causa conocida. No será mucho aventurar el decir que los hay entre ellos mal avenidos por lo menos, si no enemigos declarados del actual gobierno. Oportuno será examinar y discutir hasta qué punto está obligada una nacion á sufragar los gastos de sus enemigos ocultos, ó al menos de hombres que no simpatizan con el trono de Isabel y las instituciones liberales.

—El nombramiento del señor marques de Viluma á la superintendencia general de policía no puede menos de agradar al público por cuanto el celo y actividad, no menos que la firme adhesion del señor marques á la causa de Isabel II son bien conocidos.

—Ayer presentamos á nuestros lectores una ligera reseña de los trabajos de la comision encargada de arreglar el ramo de correos. La comision es digna de elogios, mereciendo gran parte de ellos el señor Ayala, Procurador á Cortes, quien ha tomado una parte muy activa en los trabajos de dicha comision.

—Nos escriben de Londres que la efervescencia popular es tan grande, que será difícil que el duque de Wellington se pueda sostener mucho tiempo en el ministerio. (Los meetings), esto es, reuniones públicas se están convocando en todas partes del reino unido.

—Ha sido nombrado secretario de la superintendencia general de policía don Ramon Cobos de Latorre. Este joven jurisconsulto habia estado trabajando con grande aceptación de sus colegas en el código civil; ciertas consideraciones de amistad le han obligado á aceptar el nuevo destino, dejando un cargo en el cual su amor al trabajo y conocimientos eran de grande utilidad.

Noticias estrangeras.

AFRICA.

Argel 15 de noviembre.

El clima de Africa no es favorable á la salud del gobernador general, pues siempre está enfermo.

Se piensa en evacuar á Bougie, donde de toda su guarnicion compuesta de 3000 hombres solo 800 pudieron tomar las armas en el último ataque de los Kabales. Estaba en marcha Abdel-Kader para ocupar á Belida y Medeah; y al acercarse á este último pueblo encontró en una emboscada la tribu de Soleah, y le obligó á retirarse. Este pequeño descalabro ha sido muy oportuno para reprimir el orgullo del tal jefe, que tuvo la audacia de nombrar un cónsul para que le representase en Argel: cuya pretension despreció el conde d'Erlon.

Los Hadjoutes, tribu que está acampada á corta distancia de Belida, y con la cual casi siempre se ha estado en hostilidad, quisieron robar un rebaño perteneciente al ejército, por lo cual se empuñó un choque entre ellos y los zoavos que defendían los pastos, quienes perdieron un oficial y 7 soldados, segun la relacion de que copiamos esto; pero como es obra de un indigena ha tenido buen cuidado de callar la pérdida del enemigo.

—Escriben de Bona que dos árabes que habían llegado de Constantina esparcían la voz de que habia muerto el dey, y que reinaba en el campo una fuerte disenteria. El partido judío que está á favor de los franceses queria ponerse bajo la proteccion francesa; el otro partido habia nombrado un sucesor al dey difunto, y segun añaden los mismos desertores, ya habían llegado á las manos los dos partidos cuando ellos salieron de la ciudad. (Journal du commerce.)

FRANCIA.

París 24 de noviembre.

Dijimos ayer que el teniente general M. Meunier, que la Vende y todos los departamentos de la duodécima division militar del mando de aquel jefe, están completamente tranquilos. El coronel Simon Lorriere, ha encontrado el secreto mas eficaz de asegurar el sosiego de cada pueblo de nuestro departamento, evitando al mismo tiempo los gastos de un acantonamiento militar que no están en disposicion de sufrir todas las localidades.

Cuando el maire de un pueblo pide que se retire de él el acantonamiento militar, el espresado coronel consiente en ello;

pero exige primero que el maire y veinte vecinos de los mas notables, se comprometan por escrito y bajo su responsabilidad, á conservar, en union con la brigada de gendarmeria, la tranquilidad de todo su término. Ya por este medio se han retirado varios acantonamientos.

Facil es de conocer cuan oportuno es este medio para tener fuerzas y poder, y hacer que reine la paz y la seguridad, y qué influjo tendria sobre el sosiego interior del reino, si esta idea despues de bien meditada y desenvuelta se aplicase á todos los puntos de la Francia. (Ami de la charle.)

—A consecuencia de las investigaciones de la policía de Francfort, están comprometidas cerca de cuarenta señoritas jóvenes y graciosas, hijas de familias distinguidas de aquella ciudad, á causa de haber favorecido la evasion de varios individuos que por opiniones políticas estaban presos en la cárcel de los condestables. Se dice que ellas son las que mas contribuyeron proporcionándoles limas y sierras pequeñas dentro de empanadas y otras pastas. Ademas ya la policía las habia notado por haber sido unas de las que componian la junta de auxilios para los polacos que existió algun tiempo en Francfort. Se ignora si se formalizará la acusacion, y se las podrá imponer alguna pena; pero en todo caso es de esperar que no hallen jueces inflexibles, pues su juventud, y el objeto de humanidad que fue el móvil de su conducta, se mirarán sin duda como circunstancias atenuantes. (Journal du commerce.)

Noticias del reino.

TUDELA 2 de diciembre.—Ayer salió de Pamplona muy de madrugada el general Mina á recitar el convoy que debia llegar el mismo día de Vitoria. Las divisiones que le escoltaban y la de la ribera al mando del bizarro brigadier Lopez, debían pasar sin tocar en Pamplona en busca del grueso de la faccion que con el pretendiente se hallaba en Sangüesa.

El ilustre Mina irá regularmente á ponerse al frente de las tropas, y si aguardan los vándalos habrá una accion bien seria. Los sucesos de Villafranca y el fusilamiento del alcalde de Miranda de Arga don N. Ripa, y el joven don Pedro Albero, inmolados por los vándalos, tienen consternada esta ribera. Moriremos, si es menester como ellos, en defensa de la justa causa de los urbanos navarros; pero empuñándose yerros pasados. Vengan á situarse de Tafalla abajo 800 á 1000 caballos, y no vayan á San Fausto ni á Viana. Que el gobierno haga un esfuerzo y ponga una columna de 3000 infantes y 200 caballos en la frontera de Aragon. Que Mina no se empeñe en conquistar peñascos, sino que aguarde una coyuntura donde se descubra campo, y la faccion amaigará. Que un castigo ejemplar y muy pronto caiga sobre el infame populacho de Villafranca y habrá escarmiento en los demas. (A.)

MÁLAGA 3 de diciembre.—Llegó un buque procedente de la Habana con patente tan sucia que decia que aunque habían disminuido los casos del cólera habia algunos de la fiebre amarilla. La junta de sanidad resolvió por mayoría de un voto (eran siete los votos) que fuese al lazareto de Mahon. Representó ó reclamó al día siguiente el dueño del buque. Concurrieron once ó doce vocales: hubo una discusion acalorada y larga, en que se demostró hasta la evidencia que el buque debia ir á Mahon, y confirmarse el acuerdo de la noche anterior: se trató de votar y cuatro confirmaron y siete ó ocho revocaron, mandando quedase en bahia, y se consultase á la superioridad. La mayoría constituyó providencia, mas ayer salió en el boletín un artículo. El pueblo intentó alborotarse: llegó á noticia de las autoridades: se tomó en consideracion en el ayuntamiento: se mandó recado al comerciante quien fue docil y prudente á las exigencias del pueblo, y mandó que saliese su buque para Barcelona. Ha habido bastante irritacion contra dicho comerciante dueño del buque debido á sus primeras reclamaciones, y á los recuerdos y pavora que ha dejado el cólera-morbo; pero dicha irritacion no ha tenido progresos.

Hé aquí lo que ha sucedido en Málaga, y nos apresuramos á publicarlo para atajar las voces exageradas que esparcen á la lmemor ocurrencia los que tanto interes manifiestan en abultar que pueden ser desagradables.

Parte oficial.

MADRID 8 DE DICIEMBRE.

MINISTERIO DE HACIENDA.

Reales órdenes.

Enterada S. M. la Reina Gobernadora de lo propuesto por la junta de aranceles con motivo de la duda ocurrida al administrador de la aduana de Mahon en el despacho de 15 libras de tapioca y cinco de torbisco, procedentes de Ciotat; se ha servido resolver S. M. que la tapioca y fécula de Sabagu pague por cada libra en bandera nacional 20 maravedis, y un real en extranjería; quedando prohibido el torbisco para lo sucesivo. De real orden etc. Madrid 21 de noviembre de 1834. = Torenó. = Señores directores de Rentas.

MINISTERIO DE LO INTERIOR.

Real orden.

Deseario S. M. la Reina Gobernadora que sea organizada la administracion del ramo de minas de un modo conveniente á la riqueza que presenta en la Peninsula, y al interes que ofrece al comercio y á las demas industrias que promueve y fomenta; se ha servido mandar se forme una comision que, revisando los reales decretos, órdenes é instrucciones expedidas para el arreglo de esa direccion general y los establecimientos dependientes de ella, se ocupe.

1.º De las modificaciones y variaciones que convenga hacer en las citadas reales disposiciones y legislacion vigente.

2.º De la planteacion de la escuela de ingenieros de minas mandada establecer por el artículo 43 del Real decreto de 4 de julio de 1825, espresando especialmente su opinion en orden á las cátedras y enseñanzas que deben componerla, y si será mas conveniente establecerla en esta corte ó en Almaden.

3.º De la organizacion definitiva del real cuerpo facultativo de minas y alteraciones que pueda sufrir la que se le ha dado por el real decreto de 21 de diciembre de 1833, teniendo presente que la voluntad de S. M. es que se considere con toda la preferencia que reclama el mejor servicio á los facultativos del ramo, de manera que no obtengan destinos en aquel, ni continúen desempeñándolos aquellos individuos que no estén adordinados de los estudios y conocimientos teóricos y prácticos, reconocidos como indispensables para el logro de los objetos que S. M. se propuso en el real decreto orgánico de 4 de julio de 1825 é instruccion de 18 de diciembre del mismo año; á cuyo fin la comision deberá tomar noticias de los actuales empleados, y proponer los que conforme á estos principios deban cesar en el ejercicio de los destinos que actualmente desempeñan.

4.º De indicar igualmente todas las economías y supresiones de empleos que importe hacer, sin perjudicar al buen servicio del ramo, ni á las ventajas que la riqueza pública debe sacar de su mas perfecta organizacion; único fin que la comision debe proponerse en sus trabajos, sin consideracion á ningún interes privado.

Para todo lo cual tendrá presente la misma que los objetos en que debe fijar su atencion, son:

1.º La propagacion de todas las ciencias mineralógicas.

2.º La mas pronta y productiva aplicacion de sus principios á la mineria y á las artes.

3.º La mas severa economia en la parte administrativa del ramo, con miramiento al estado actual de la mineria en España, y no al que puedan tener cuando se hallen mas florecientes las diferentes industrias que le deben su origen.

Y S. M. se ha servido nombrar para esta comision al Sr. D. Jacobo María de Parga, Prócer del Reino, presidente; á D. Vicente Gonzalez Arnao, del consejo Real; á D. Rafael Cabanillas, inspector general primero del ramo; á D. Estanislao de Peñafiel; á D. Juan Montoto, contador de la direccion general; y á los inspectores de distrito D. Guillermo Schultz y D. Lorenzo Gomez Pardo; mandando que se remitan á ella por V. S. los expedientes, informes y demas antecedentes que convengan para el desempeño de su encargo.

De real orden lo digo á V. S. para su inteligencia y efectos correspondientes á su cumplimiento. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 4 de diciembre de 1834. = Moscoso. = A la direccion general de rentas.

Hoy se ha recibido la noticia oficial de haber entrado en Pamplona el convoy de Salvatierra, y de haber salido las divisiones de Córdoba y Orá de aquella plaza para obrar en combinacion con las demas tropas que observan y persiguen al pretendiente que se halla en la faccion de Zumalacárregui. Nada particular ha ocurrido en el ejército, continuando con la mayor actividad los trabajos de su general en jefe para ponerlo en estado de operar en la próxima batalla contra las bandas de facciosos que infestan las provincias del Norte.

Carta 3.ª de nuestro corresponsal.

(París 20 de noviembre.)

Mucho nos han dado que reir las cosas que han pasado de quince dias á esta parte; á fuerza de ser ridículas, pero ahora todo ha cambiado de aspecto. Los acontecimientos ocurridos en Inglaterra han aparecido aquí en medio del diluvio de silbidos que escoltaban la malhadada precipitacion del tercer partido. Desde entonces han cesado los silbidos, la gente ha reflexionado, y se han empezado á considerar las cosas á sangre fría.

Este importante acontecimiento que nos llega de un país estranero, ha llamado por necesidad la atencion hácia la política exterior del ministerio caído y vuelto á levantarse en el espacio de tres dias; y como el sistema que han seguido con respecto á ella no es seguramente lo que ha de proporcionar á este ministerio mayores elogios, aun aquellos mas exaltados encomiadores de un Mr. Guizot, ministro de la Instrucción pública, y de Mr. Thiers, el hábil orador, no se creen con bastantes fuerzas ya para defender ó sostener á

estos dos hombres que predicaban la conservación de los tratados de 1815, las consideraciones y miramientos con respecto á los gobiernos del Norte, la inercia á vista de las invasiones de la dieta Germánica, y la casi neutralidad entre don Carlos y esa Reina, objeto en general en Francia de la mas viva simpatía. De la política exterior de la restauración es de lo que mas ha tomado el ministerio actual, y como Vinds. lo saben muy bien, la adopción de aquella política fue lo que mas despopularizó á esta: su propensión á la Rusia y á la guerra de España, la hicieron perder tantos partidarios como las leyes contra la prensa y la indemnización á los emigrados.

Aquí en general no se cree que el ministerio Wellington dure, pero las intrigas políticas que vuelven á ponerle al frente de los negocios, tienen tanta analogía con las que colocaron nuestro gobierno en manos de Polignac, que involuntariamente se continúa comparando la época; y de todo ello se deduce con sentimiento, que puede ser muy probable que la ceguera de la aristocracia inglesa camine á su ruina, no por sus medidas legales y progresivas, sino por su violencia; porque en la situación en que la Inglaterra se encuentra, con sus pobres, con su Irlanda, con su constitución de la propiedad, una revolución que la fuerza, lograse hacer estallar, sería un acontecimiento europeo y de unas consecuencias en sumo grado trascendentales.

En uno de nuestros salones diplomáticos Mr. Bulner, miembro del parlamento inglés, y sugeto que al parecer está muy al corriente de los negocios de su país, calculaba en solos ciento los votos con que el ministerio podría contar en la cámara actual, y aun cuando una disolución le proporcionase cien votos mas, aun es muy corto el número para que pudiese contar con la mayoría. Esta mañana se aseguraba que volvían á constituirse las uniones políticas en todas partes, y que las industriales (*tradi-sunions*) deliberaban también; decíase también, que el movimiento de Londres iba adquiriendo mucha intensidad; se ha hablado igualmente de un choque entre el pueblo y un regimiento de Guardias; pero esta última noticia no creo tiene mayor fundamento.

Por lo demás sea cual fuere el resultado de la crisis ministerial inglesa, no puede ser en manera alguna favorable á nuestro actual gabinete; si Wellington logra dominar por un instante el movimiento popular, aun le queda el mayor trabajo que es el de adquirir una mayoría en la Cámara de los comunes, y este será aquí el momento en que estallará un vivo movimiento de oposición contra el ministerio que es el que entre nosotros representó el *torysmo*, las doctrinas aristocráticas y las alanzas con el Norte. Si Wellington no se puede sostener el ministerio que le reemplaza, y que se persolifique va en Lord Brougham, ya en Lord Durham fundará su política en la alianza anglo-francesa y en el desarrollo progresivo de la libertad en los estados del mediodía de Europa; aun en este caso serían precisos en este país otros hombres diferentes de los actuales. — A. Z.

P. D. Entre las esplicaciones que han dado lugar las últimas tracamanderías ministeriales, una de las que se presenta á la atención de nuestros hombres políticos es el artículo del *Imparcial* del 18 de este mes, acerca de Mr. Dupin mayor. Este artículo lo ha copiado ayer el *Tiempo*, y es tanto mas notable el escrito, cuanto es producción del mismo Dupin, en lo cual no tengo la menor duda. En cuanto á la defensa es una cosa bien pobre y embrollada; pero en cuanto á la intención de luchar contra el ministerio restaurado, está esplicitamente significado. Ha sido mucha la sensación que ha producido este artículo, y lo que falta saber únicamente es si Mr. Dupin se atreverá algún día á decir en la tribuna, lo que dice en sociedad privada y lo que escribe incógnito en los periódicos.

Continúan los Corolarios y apuntes de la Historia general de España, escrita por el P. Juan de Mariana.

REYES.

1. El oficio de los reyes es mirar por el bien de sus súbditos: defender la inocencia; dar salud, conservar y con toda suerte de bienes enriquecer el reino, lib. 13 cap. 1.
2. Con premio y con castigo, severidad y clemencia se gobiernan los reinos, lib. 22 cap. 6.
3. Clemencia y liberalidad son virtudes, que en los príncipes cubren muchas faltas, lib. 6 cap. 17.
4. La clemencia merece mayor loa, cuando la causa del enojo es mas justificada; y en ninguna cosa se conoce mas la grandeza de ánimo, que en perdonar las injurias de los hombres, lib. 21 cap. 16.
5. Cosa peligrosa es quererse autorizar el príncipe con la sangre de sus vasallos, lib. 22 cap. 6.
6. A los reyes, al tanto conviene usar á sus tiempos de clemencia con los culpados y les es necesario disimular y conformarse con el tiempo, para no ponerse en la necesidad de experimentar con su daño, cuan grandes sean las fuerzas de la muchedumbre irritada, lib. 16 cap. 16.
7. La crueldad antes altera que sana, lib. 7 cap. 12.
8. La clemencia que no se temple con la severidad, muchas veces no acarrea menores daños que la crueldad; ca el menosprecio de las leyes y la esperanza de no ser castigados los delitos, hacen strevidos á los malos, lib. 22 cap. 15.
9. Con ninguna cosa se ganan mas las voluntades de los vasallos para con su príncipe, que con una entereza é igualdad en hacer á todos justicia, lib. 14 cap. 4.
10. La beneficencia hace á los príncipes mas amables y su fama vuela por todas partes, lib. 7 cap. 17.
11. La principal virtud de los reyes consiste en levantar á los miserables caídos, lib. 8 cap. 6.
12. Es cosa natural tener compasión de los caídos, prínci-

palmente, cuando son deudos de una misma nación. —

En la pérdida rebelión de Paulo contra el trono y confianza del rey Wamba, asaltada la ciudad de Nimes y reducidos los sublevados á fuerza de armas, las mismas tropas vencedoras que tanto sufrieron en la persecución, sitio y asalto, tuvieron la generosidad de implorar la clemencia con que el virtuoso Wamba, sofocando sus justos resentimientos, ganó el corazón de los vencidos y las bendiciones de los pueblos que debieron cubrirse de luto y consternación, lib. 6 cap. 12. (Igual ejemplo ha dado en nuestros dias un gefe, cuyas virtudes serán indelebiles en la memoria de la ciudad de S. Fernando y en las cercanías de Bejer).

13. El resplandor del nombre real y su grandeza, mas consiste en el respeto que se le tiene que en fuerza, ni el rey (si le miramos de cerca) no es otra cosa que un hombre con los defectos llaco: sus arreos sirven para cubrir las llagas que le atormentan, lib. 23 c. 9.

14. La honra verdadera no consiste en el resplandor de los nombres y apellidos, sino en la equidad, inocencia y modestia, lib. 14 cap. 8.

15. La falta del nacimiento no empuja á la virtud y al valor, lib. 18 cap. 2.

16. Los linajes de los príncipes (sugetos á todas las miserias y debilidades humanas) como las plantas nacen, crecen, florecen, se agostan y faltan, lib. 24 cap. 4.

17. Solo la virtud no falta que tiene muy cierto su galardón y muy hondos sus cimientos, lib. 28 cap. 33.

18. Los príncipes deben hacer lo que conviene y es justo, sin mirar mucho á la fama y qué dirán, lib. 28 cap. 8.

19. La piedad y mansedumbre de los príncipes, no solamente depende de su condicion y costumbres, sino de las de sus súbditos, lib. 16 cap. 16.

20. La suerte de los reyes es de tal condicion, que no pueden hacer cosa buena, ni mala, que esté secreta y que el pueblo no la juzgue y sepa, lib. 16 cap. 20.

21. Las prosperidades pertenecen á todos: las cosas adversas y reveses, solo á los príncipes se imputan, lib. 22 cap. 6. (Al contrario en los gobiernos representativos, donde todo lo bueno se atribuye al rey y lo malo á los ministros).

22. Las virtudes de los príncipes, así como sus vicios están á la vista de todos, y cuanto es mayor y mas alto el lugar, tanto debe ser menor la libertad por el ejemplo, que si es malo cunde y empuja mucho, lib. 18 cap. 3.

23. La virtud todo lo asegura: el vicio lo desbarata: y no prestan armas, ni repuesto cuando el pueblo se levanta. Sumario año 1517.

24. Los príncipes prudentes, no deben pretender cosa alguna de que los vasallos no sean capaces, lib. 24 cap. 1.

25. Deben escusar las imposiciones de nuevos pechos, á no ser justificada y á todos manifiesta la necesidad absoluta de ellos para salvar el Estado. Muchas veces lo que se concede con honra en ocasiones, pasada la penuria, se queda perpetuo y se cobra aun cuando el peligro es pasado, libros 7 cap. 19 y 15 cap. 11. —

El arbitrio de las bulas de cruzada concedido por Sixto IV á fines del siglo XV para la guerra contra los moros, fue un camino abierto por personas de ingenio para llegar por él á la gracia de los príncipes, contribuyendo á sus necesidades y proporcionándoles todos los años gran dinero para los gastos reales, lib. 25 cap. 3.

26. La templanza del príncipe sirve en lugar de rentas muy gruesas en tiempo de guerra y de paz, lib. 21 cap. 2.

27. Los príncipes deben mirar á los arrendadores de rentas reales como valia de gente que saben todos los caminos de allegar dinero y por el dinero hacen muy grades engaños y agravios, lib. 22 cap. 14.

28. Deben entender que la abundancia de bienes y riquezas no han de servir para su particular provecho y para sus deleites, sino para ayudar á los flacos y para remedio de todo el pueblo, lib. 6 cap. 8.

29. Y no convertirse en tiranos, abusando del poder que recibieron para utilidad y ventaja del bien comun, lib. 6 cap. 5.

30. La seguridad de los reyes está en el amor de sus vasallos y en el odio su perdición, lib. 8 cap. 3.

31. Los príncipes no son bastantes para contrastar el aborrecimiento del pueblo, si se enciende mucho contra ellos, lib. 6 cap. 9. —

«Mas temo las maldiciones del pueblo que las armas de los enemigos» decía Enrique III, recordando sin duda los príncipes ultrajados por el desafecto de los pueblos; como se vió el rey don Pedro, cuando estrechado á dejar la Castilla y huir de Sevilla á Portugal, temiendo ser arrollado por el ejército francés que vino á proteger el partido y mejorar la posición de Enrique el bastardo, embarcó la mayor parte de sus tesoros al cuidado de Martin Yañez en una galera que fue tomada por los ciudadanos de Sevilla, ansiosos de acedillar con el saqueo su aversión al gobierno que salía y su devoción al que entraba bajo los auspicios y cooperación de los franceses, lib. 19, c. 14 y 17, cap. 8. Los ciudadanos de Triana, el baratillo, y de la Macarena los humeros repitieron esta escena el 13 de junio de 823.

32. El príncipe no puede tener la fuerza y autoridad conveniente si los vasallos no le aman ni le tienen el respeto debido, lib. 20, cap. 3.

33. A las mugeres conviene el arreo y regalo: á los príncipes el trabajo desde su primera edad, lib. 20, cap. 11.

34. El ocio y los deleites son frutos ordinarios de la abundancia y prosperidad, lib. 26, cap. 1.

35. Cuando el rey pasa la vida en ociosidad, en deleites y deportes, y reinan otros en su nombre, nacen, como es ordinario, las alteraciones civiles, lib. 8, cap. 7.

36. Los gobernadores de las ciudades y pueblos hacen odioso á su príncipe con cuidar solamente de su ganancia y mirar poco por el bien comun, lib. 14, cap. 9.

37. La codicia desordenada con ninguna cosa se harta hasta tanto que despena al que por ella se gobierna, lib. 26, cap. 17.

38. Los desórdenes de los que gobiernan suelen redundar en daño de sus señores; y los ánimos de la muchedumbre alterada nunca paran en poco. El alhagib ó intendente del rey Hissem se apoderaba en Córdoba de los bienes públicos y particulares, aprovechándose de los daños y desgracias ajenas como de la ocasión mas favorable á su avaricia. Cundió el descrédito, nació la indignación, alborotóse la ciudad. El alhagib fue asesinado y el rey lanzado del trono por el odio que inspiró la administración, lib. 8, cap. 10.

39. De ordinario á los grandes príncipes antes les faltó industria para sostener en paz los pueblos, que para vencer con las armas á los enemigos, lib. 21, cap. 5.

40. Muchas veces es forzoso que los grandes príncipes disimulen, especial cuando el delito ha cundido mucho. Acuerdo muy avisado es vencer con beneficios á los rebeldes, lib. 21, c. 4 y 24, cap. 22.

41. Hay pocos príncipes que en la prosperidad y abundancia no se dejen vencer de las pasiones y sepan con la razón enfrenar la libertad, lib. 23, cap. 8.

42. Las cosas de los grandes príncipes y sus confederaciones, por intervenir otros en ellas no pueden estar mucho tiempo secretas, lib. 7, cap. 11.

43. No hay cosa secreta en las casas reales, mayormente en tiempo que reinan las pasiones y parcialidades, lib. 12, cap. 5.

44. Muchos pretenden sacar para sí provecho de las discordias de los reyes y trabajo de la república, lib. 14, cap. 7.

45. Los excesos de los príncipes se pagan con el daño de la muchedumbre y de los particulares. Porque el rey don Jaime de Aragón hizo contar la lengua al obispo de Gerona que reveló su trato ilícito con doña Teresa Vidaurra; el papa Inocencio puso entredicho á todo el inocente reino, si lien se alzó condenando al rey á concluir un monasterio y dotar e con la renta de 200 marcos de plata: á contribuir con otros 600 anuales para el hospital y capellanes de Valencia, y á fundar una capellanía en Gerona. Del mismo modo creando y dotando canongías, se espío en Francia el asesinato de Juan, duque de Borgoña, lib. 13, c. 6 y 21, cap. 8.

Continuación de los documentos diplomáticos insertos en los números anteriores.

Número 11.—Nota del duque de Montmorency al duque de Wellington.

(Paris 20 de diciembre de 1822.)

El infrascrito ministro de negocios estrangeros de S. M. cristianísima, ha recibido y presentado al rey la nota que S. E. el duque de Wellington le hizo el honor de dirigirlle en 17 de este mes.

S. M. ha apreciado los sentimientos que han inducido al rey de Inglaterra á ofrecerle su mediación para impedir un rompimiento entre su gobierno y el español; pero S. M. no ha podido menos de conocer que la situación de la Francia, respecto de la España no era de tal naturaleza que requiriese una mediación entre las dos cortes. En efecto, no existe entre ellas ninguna diferencia, ningún punto particular de discusion, para cuyo arreglo necesiten colocarse sus relaciones en el pie en que debían estar. La España por la naturaleza de su revolución, y por las circunstancias de que esta ha sido acompañada, ha escitado los recelos de varias potencias. La Inglaterra participó de estos recelos; pues en el año 820 previó ciertos casos, en los cuales seria imposible conservar con España relaciones de paz y buena armonía.

La Francia se halla mas interesada que ninguna otra potencia en los acontecimientos que pueden resultar de la actual situación de aquella monarquía; pero sus intereses no son los únicos que están comprometidos y que debe tener á la vista en las actuales circunstancias. La tranquilidad de la Europa y la conservación de los principios que la sirven de garantía, se hallan tambien comprometidos.

El duque de Wellington sabe que estos son los sentimientos que dictaron la conducta que observó la Francia en Verona; y que las cortes que convinieron en ellos, miraron las consecuencias de la revolucion y del actual estado de España, como comunes á todos; y jamás le pasó por la imaginación el que debían arreglarse solo entre la Francia y la España las dificultades existentes. Consideraron la cuestión como «enteramente europea» y con arreglo á esta opinión fueron concebidas y dictadas medidas, cuyo objeto era el mejorar, si posible fuere, el estado de un país tan sumamente interesante para toda la Europa; medidas, cuyo feliz éxito hubiera sido seguro, si la Inglaterra hubiera tenido á bien concurrir á su adopción.

Así S. M. cristianísima que se veia obligado á pesar estas consideraciones con la mayor madurez, ha creído que no podía aceptar la mediación que S. M. B. ha tenido la bondad de proponerle. Ve no obstante con placer en esta oferta un nuevo testimonio de la disposición conciliatoria del gobierno británico; y es de parecer que abrigando este tales sentimientos, puede hacer un señalado servicio á la Europa, ofreciendo del mismo modo sus consejos al gobierno de España, pues inclinándole á tener ideas mas moderadas, podia producir un influjo feliz en la situación interior de aquel país.

S. M. tendria la mayor satisfacción en que tales esfuerzos produjesen un éxito feliz. Veria en él un sólido fundamento para esperar la conservación de la paz, de cuyo inestimable valor no pueden menos de hallarse enteramente convencidos los gobiernos y pueblos de Europa. — El infrascrito se aprovecha para ofrecer á S. E. el duque de Wellington las seguridades de su alta consideración &c. — Montmorency.

Número 12.—Mr. Canning al vizconde Marcellus.

(Londres 10 de enero de 1823.)

El infrascrito primer secretario de Estado de negocios estrangeros de S. M. B. ha recibido de S. E. el duque de Wellington, plenipotenciario de S. M. en el congreso de Verona, y ha presentado al rey su amo la respuesta del ministro de negocios estrangeros de S. M. cristianísima á la nota oficial en que el duque de Wellington á su regreso de Verona, ofreció

El gobierno francés la mediación del rey para el ajuste de diferencias entre Francia y España.

El infrascripto tiene orden de dirigir á Mr. de Marcellas, encargado de negocios de S. M. cristianísima, las siguientes observaciones sobre la nota de S. E. el duque de Montmorency, para que Mr. de Marcellas las transmita á su corte.

El rey ha visto con placer que S. M. cristianísima hace justicia á los sentimientos que dictaron la oferta de la mediación de S. M., y aunque el punto de vista que se toma en la nota de Mr. Montmorency sobre la naturaleza de las diferencias existentes entre los gobiernos frances y español, ha inducido á S. M. cristianísima á no admitir dicha mediación: el rey no dejará de emplear eficazmente por cuantos caminos estén aun abiertos, las disposiciones conciliatorias que S. M. cristianísima hace la justicia de creerle pronto á tomar, á fin de obtener un estado de cosas menos alarmante para la paz de Europa que el que se experimenta en la situación actual de aquellos dos gobiernos.

El gabinete inglés no ignora cuán terriblemente va á ser afectada la tranquilidad de toda la Europa por el choque hostil entre la Francia y la España. Así es, que en la nota oficial del duque de Wellington se mencionaba el ajuste de las diferencias que se suponen existir entre los gobiernos frances y español, como un medio auxiliar para la conservación de la paz del mundo. Pero el gabinete británico no entendía ciertamente que las cuestiones presentadas en Verona por el plenipotenciario de S. M. cristianísima, respecto de la situación actual y de la conducta hipotética de la España, fuesen de tal naturaleza que se distinga tan poco en ellas el interés de la Francia del de las demás potencias, como aparece de la nota del duque de Montmorency.

El plenipotenciario de la Francia solicitó de los aliados de S. M. cristianísima una declaración, 1.º, sobre si en caso que la Francia se viese obligada á retirar sus ministros de Madrid, y á romper toda relación diplomática con España, estarían dispuestas á tomar una medida semejante á retirar sus respectivas legaciones. 2.º, sobre si llegase el caso de un rompimiento entre la Francia y la España, en qué forma y con qué hechos suministrarían á la Francia el apoyo moral que daría á sus procedimientos toda la fuerza de la alianza, inspiraría un temor saludable á los revolucionarios de todos los países; y 3.º, sobre cuales eran las intenciones de las potencias respectivas, tanto sobre la sustancia, cuanto sobre la forma de auxilio directo que se hallasen dispuestas á suministrar á la Francia en caso que ésta exigiese su activa intervención por creérsela necesaria.

Así, pues, la Francia ha sido la que dió origen á las discusiones sobre los negocios españoles en Verona, y las respuestas de los tres miembros continentales de la alianza fueron dictadas para el auxilio de la Francia en casos hipotéticos.

El plenipotenciario de S. M., de común acuerdo con los de las tres potencias continentales, consideraba la cuestión de la paz ó de la guerra con la España como particularmente francesa. En su respuesta entregada simultáneamente con las de las tres potencias continentales, á las preguntas del plenipotenciario francés, y en todas las discusiones que resultaron de ellas, el duque de Wellington alegó siempre como una de las razones que tenía para no acceder á la proposición de Mr. de Montmorency, la ignorancia del gobierno británico en las transacciones y comunicaciones antecedentes (durante los dos últimos años) entre los gobiernos de Francia y España.

El duque de Wellington no puso óbice alguno á nombre del rey su amo á las medidas de precaución que la Francia adoptó dentro de su propia frontera; medidas que justificaba plenamente el derecho de su propia defensa, no solo contra el peligro de la enfermedad contagiosa (origen ostensible al cual fueron atribuidas exclusivamente hasta el mes de setiembre) sino también contra los inconvenientes que pueden muy bien resultar á la Francia de la guerra civil en un país separado de ella por solo una línea de demarcación convencional, contra la infección moral de intriga política, y contra la violación del territorio francés por incursiones militares eventuales: pero le pareció justo y necesario al plenipotenciario de S. M. en Verona, que antes de verse obligado á prometer eventualmente el asenso de su gobierno á medidas de parte de la Francia que parecían tender á una guerra con la España, se debía dar tiempo á su gobierno para examinar el fundamento de dichas medidas; la causa de ofensa dada por la España á la Francia debía haber sido puesta en claro detalladamente. Por esto fue imposible que el plenipotenciario de S. M. conviniere con las decisiones de Verona.

Esta ahora al infrascripto hablar de aquella parte de la nota oficial francesa que al parecer indica una reconvencción contra este país, como si hubiera contradecido en Verona las opiniones que anteriormente había expresado respecto de los asuntos de España.

La Inglaterra, dice, participó en 1820 de la inquietud que la revolución de España ocasionó á varias grandes potencias, y previó casos en los que podía ser imposible conservar con España relaciones de paz y buena armonía.

Se permitirá decir al infrascripto, que aunque á la verdad fueron propuestas á la Inglaterra el año 20 algunas cuestiones relativas á futuras y posibles contingencias en los asuntos de España, tan lejos de "prever" casos y decidir sobre la conducta que fuere aplicable á ellos del modo explicado, el gobierno inglés se negó positivamente á ligarse por una opinión contingente á cualquiera medida condicional.

Pero no hubo indisposición ni duda alguna al publicar los principios sobre los cuales estribaría la opinión de Inglaterra para arreglar á ellos sus medidas. No solamente se declaró que el gobierno británico desconocía cualquier derecho general de intervención en los asuntos interiores de naciones

independientes, sino que declaró espresamente, que acaso no había país alguno, de igual magnitud á la España, cuyas turbulencias interiores pudiesen amenazar menos á otros estados que las de este, con un peligro directo y eminente, único que podía justificar la intervención extranjera y la excepción de la regla general.

La aplicación de estos principios á los casos presentados por la Francia en Verona, fue tan directa como era consiguiente á las declaraciones procedentes del gabinete británico; además fue apoyada en otras consideraciones que aunque acaso no han sido precedidas directamente de un argumento hipotético, tenían relación con una fuerza innegable con la cuestión que se decidía en Verona, peligros que no resultaban necesariamente de la existencia de las agitaciones interiores de la España, podían suscitarse no obstante por una intervención poco judiciosa y no reclamada. El espíritu de revolución que encerrado dentro de los Pirineos podía consumirse en conflictos penosos á la verdad para España, de ninguna influencia para sus vecinos, en el caso de ser atraídos fuera de aquellos límites por la provocación de un ataque extranjero, podían hallar acaso en otros países nuevo alimento para su furia; y podían renovar en toda la Europa las miserias de los 25 años que precedieron á la paz de 1815.

Por esta y otras muchas razones la voz del plenipotenciario de S. M. en Verona clamó con vehemencia por la paz. La conservación de la paz general es el objeto de los deseos mas ardientes de S. M., y el infrascripto tiene orden de repetir que su gobierno no dejará de emplear todos los recursos posibles, y la cooperación parcial de los buenos oficios con que puede contribuir para calmar la irritación que actualmente existe entre los gobiernos de Francia y España, é impedir, si es posible, el rompimiento de hostilidades, cuyas consecuencias ninguna previsión humana puede calcular. — El infrascripto &c. — Canning.

(Se continuará.)

Contestación al artículo de la Abeja, número 211, firmado por J. F. P., con el título de la desconfianza respecto al gobierno.

Es muy digno de reparo que un axioma, como yo lo juzgo demasiado cierto en política, pronunciado por el patriota señor conde de las Navas en la sesión del 22 del próximo anterior en el Estamento de señores Procuradores del reino, haya producido tan desagradable impresión en el señor J. F. P., como se advierte en el artículo citado de la Abeja; al que trato de responder.

Desde luego prevengo que no escribo para defender al conde de las Navas, pues ni S. S. hace caso alguno de esas impugnaciones, despreciándolas con dignidad; ni soy yo tan necio que me conceptuase necesario para su defensa, en caso de que quisiese usar de ella. Estoy asegurado que el conde repata por pueril y aun vergonzoso gastar el tiempo en tales debates; pero igualmente puedo afirmar con la mayor certeza que no solo se sostiene en las ideas emitidas en la dicha sesión, sino que además está pronto á testificarlo siempre que se ofrezca, y acaso no tardará mucho en hacerlo en la tribuna parlamentaria.

Sin embargo, mirando yo á sola la causa de la verdad y de la libertad, á las cuales podrían perjudicar las opiniones del articulista J. F. P., no he podido resistir al deseo de rebatir sus reflexiones, sintiendo no haberlas visto sino tarde y por casualidad, para haberlas atacado antes.

Entremos ya en materia. En el primer párrafo solo trató de advertir una contradicción del articulista con el modo de pensar que luego manifiesta, pues afirmando que solo por contener una doctrina de peligrosa tendencia alarman su atención las expresiones del conde, debían también alarmarla otras proposiciones que á su entender son equivocadas ó peligrosas. Ni basta decir que la mayor importancia de unas sobre las otras es la que le escita; porque esto solo probaría la mayor ó menor obligación en no dejarlas correr en absoluta franquicia.

A la clase de aquellas contra cuya tendencia es preciso protestar solemnemente, según el articulista, corresponde la digresión del señor conde de las Navas etc. No creo propia la palabra *digresión*, porque esta significa una separación del asunto en que se versa; y el conde en su discurso no se separó del que se trataba; cuando manifestó su desconfianza respecto de todos los gobiernos; lo hizo solamente por apoyar más el dictamen de la comisión, añadiendo una consideración que aquella escluyó, y es la de que no solo debe prevenirse el abuso de los ministros venideros, si también de los presentes. Esto mismo iba embebido en la misma *adición*, pues la ley no solo había de tener efecto cuando existiesen otros secretarios del Despacho, sino también en la permanencia de estos, si interin era promulgada.

No nos detengamos en observar que el decir "que solo por mirarla de peligrosa tendencia, reflexiona sobre las expresiones del señor Procurador, sin referirlas á ninguna persona en particular," es bastante aristotélico, por no poder desentenderse de esa referencia y alusión, pues el que ataca á los hijos, ataca á los padres, cuando menos indirectamente; ¿y qué? ¿los discursos no son hijos de sus autores? La calificación de una doctrina, cuyo autor vive, que acaba de ser nombrado por el mismo impugnador, no puede menos de refluir en el crédito del que la emitió.

Pone en seguida el articulista el cuerpo del delito, ó sea de la censura, por sí es algo duro el primer término. "Dícese pues, " que no solo debe desconfiarse de lo futuro, sino también de lo presente, y por regla general, de to-

do gobierno; porque todo gobierno tiene tendencia á esclavizar, y porque desconfiando de él, únicamente se compensa la desconfianza que él tiene del pueblo."

Este extracto varía en alguna parte el sentido del discurso del señor conde, cuando se dá por una de las razones para desconfiar del gobierno la desconfianza que él tiene del pueblo. Solo ha dicho S. S. que no debían quejarse los ministros de la desconfianza que se manifestaba hacia ellos, pues hasta desconfianza habían ellos manifestado hacia el pueblo. Esto solo fue prevenir una objeción de los secretarios del Despacho con un argumento contraproducente.

Hace muy bien el articulista en no poner en duda el derecho de poder no conceder cualquiera su confianza á los actuales ministros; pues lo contrario sería la mas atrevida injusticia. Pero en lo que hace muy mal, es en variar de suposición y cuando después de confesar que puede haber personas, que sin embargo de las seguridades que nos apuntan, por parte de los ministros para inspirar confianza, no la tengan, por no parecerles suficientes tales antecedentes, añade: "suponer que ellos quieran esclavizarnos &c." Aquí hace tránsito de la *desconfianza* que haya ó pueda haber á la *suposición* de que tengan voluntad de esclavizarnos. Párese la atención en el significado de la palabra *desconfianza*, y se verá cuanta distancia media entre ella y esa *suposición*.

Desconfianza se opone á confianza. Y esta no es otra cosa que una esperanza cierta, una firme seguridad. Luego aquella será una esperanza incierta, corta, acompañada de un temor que impida estar firmemente asegurado. De esto se deduce no ir necesariamente incluido en la expresión desconfianza el suponer ya el resultado de una cosa, pues el recelo, el miedo, la débil seguridad solo indican sospechas mas ó menos fundadas, mas ó menos fuertes; pero la suposición de algo exige su preexistencia, sea real ó imaginaria.

Pasemos adelante, puesto que, según repite el articulista, el confiar ó desconfiar de un ministerio dado está en las facultades de los Procuradores del reino. Tampoco es exacto decir que los que aprueban la conducta y los proyectos de los ministros acreditan tener en ellos confianza, así como demuestran lo contrario los que les hacen oposición. Porque esto, aunque respecto de algunos sea verificable, puede nacer, y nace mil veces, respecto de la generalidad, de la convicción ó no convicción que produzcan las razones de los ministros á no ser que los representantes de la nación procedan *pitagóricamente*. ¿Qué tiene que ver el distinto modo de juzgar las cosas con la seguridad concebible de la probidad de las personas? Aun mas bien se puede estar asegurado de las prendas morales del mayor amigo, sin que por eso se desconfie del éxito de ciertos negocios en cuanto á sus circunstancias intelectuales ó físicas. Puede además desconfiarse de la *estabilidad* en su bondad; y por lo mismo, sin deber serle ofensivo, se le pueden y deben evitar aquellos peligros que pueda haber para su virtud.

Lo mas gracioso del articulista es afirmar enfáticamente que la verdadera oposición es la sistemática. Ignoramos donde haya podido hallar ese sentido del término *oposición*. Cualquiera que presenta un argumento en contra del parecer de otro, le hace oposición; y no siempre lo hará por *sistema* ni *tema*, ni aun por entretenimiento escolástico, sino porque no juzgue razonable ó bien fundada la opinión contraria. Acaso el articulista en ese modo de hablar aludirá solamente á los estilos parlamentarios; pero en esto mismo se hace mas intolerable. Si realmente en las asambleas legislativas la oposición que se hace, fuese únicamente por *sistema*, sería la cosa mas ridicula y mas contraria á la investigación de la verdad, como cualquiera la puede conocer. Yo no creo que la derecha y la izquierda en Francia, el partido conservador y el innovador, como dice el articulista, en Inglaterra, se opongan entre sí, sino por estar convencidos de la justicia de sus respectivas opiniones, y no por sistema; y si se dejasen conducir de ese espíritu escolástico, ó por orgullo, ó por miras de ambición, diría sin titubear un momento que tales entes eran indignos Procuradores del pueblo. Suele haber cierta energía, cierta confederación entre los contrarios al modo de pensar del gobierno, (así como se ve esto mismo en sus amigos) que parece llevar un carácter de sistema; pero no lo es, y nace de que aquel marchando erróneamente, según la convicción de los que se le oponen, y viendo estos los medios de que se vale para ganar la mayoría, es preciso esforzarse y coligarse mas y mas para resistirle.

Mas si en estas contiendas cada uno en particular se mirase á sí mismo para entrar en el ministerio, no tenemos como el articulista por laudable esa ambición, por mas que se creyese capaz de su desempeño. Aunque algunos filósofos irreflexivos, y otros epicúreos enseñan que el apetito del hombre á mandar á sus semejantes no es vituperable, siempre que se apliquen medios honestos, yo constantemente convendré con los que juzgan que es reprehensible tal deseo; que no es natural, sino adquirido ó ingerido por la depravación general de los hombres, que cualquiera que sea el origen de ella, es innegable; y que es efecto del desorden de las pasiones que ofuscan nuestra razón, para no ver los fatales é infinitos males que resultan de la sed de honores, dignidades y superioridad sobre nuestros compañeros en naturaleza. Muy bien observa el justo St. Pierre que no es natural al hombre ese deseo, pues si lo fuera, necesariamente lo sería también permanecer en un estado de guerra contra los demás. Lo que es natural al hombre, añade el mismo, es no querer ser dominado de otro, y por consiguiente ni dominar, porque el que trata de señorear á sus iguales, los alarma y despierta en ellos la misma locura.

La ambición no es una pasión legítima, aunque vaya

subordinada á los medios constitucionales; á no ser que por ambicion se entienda la virtuosa emulacion de distinguirse en el ejercicio de la virtud. Pero no es ese el sentido de la expresion al presente tanto por el contexto del discurso, como por la fuerza de la proposicion del articulista, pues en todo rigor lógico es universal, cuanto hay que serlo, y así incluye toda ambicion, y por lo mismo es falsísima su asercion. Ni el correctivo, ó por mejor decir el dorado para hacerla tragar, de «cuando va subordinada á los medios constitucionales» justifica la ambicion. El fin no se santifica por los medios, sino por el contrario, éstos (se entiende de los necesarios, pues respecto de los voluntarios no siempre habrá esa santificación) son santificados por aquel. Tampoco el ambicioso, aunque no desarrolle su ambicion por medio de *asonadas*, dejará por eso de ser *unfaccioso*, mas peligroso y malvado que otros, por la apariencia de amor al bien público, y por el abuso de medios destinados á un fin justo. Menos es *hipócrita* el que se reconoce incapaz de mandar á los demas, y así lo protesta, aunque efectivamente sea mas digno que todos; antes es modesto, es verdaderamente virtuoso y digno de que la sociedad le eleve; pero no al que trabaja con ahinco por apoderarse del mando, protesta ó no lo contrario, aunque regularmente protestará su desprendimiento, pues es casi inseparable de la ambicion la *hipocresía*. Todo ciudadano, cuanto mas libre é igual es un estado, debe respetar mas y mas á sus conciudadanos, conociendo que todos tienen iguales derechos, y que *sola* la sociedad, ó *sus agentes*, debe juzgar de la aptitud de los particulares para el gobierno, designarlos y colocarlos. Lo contrario es una usurpacion, una soberbia, una necedad intolerable.

«Sin esa confianza (la de la mayoría en el gobierno) no es posible, dice tambien el articulista, el régimen representativo.» Si esa confianza se quiere que sea tal, que haga desaparecer todo recelo, que se aprueben todos los proyectos y conducta de los ministros, terminantemente digo que tal confianza es el colmo de la estupidez, y destruiría todo régimen representativo. Si se pretende que admita el debido examen, que apoyen los diputados lo que *solo juzguen deber ser apoyado*, pudiera haberse escusado el articulista el trabajo de escribir, porque ciertamente falta el *supuesto* á que pudiera referirse. ¿Los diputados que llaman (no sé en que concepto, ni con que fin) de la oposicion, contrarian al gobierno por otra razon que la de ver en el examen de sus proyectos no ser estos conformes á la felicidad pública? ¿Le contradicen en su conducta por otra causa que la de que creen que no es acertada, despues de haberla examinado? No por cierto. ¿Pues qué? ¿acaso se exige una confianza *sistemática*, que sea la verdadera confianza, así como dice el articulista que la oposicion *sistemática* es la verdadera oposicion? Si así es, muy estraña es la idea que se tiene de la verdad.

(Se concluirá.)

Comunicado.

Señores redactores.—Cuando veo en los periódicos alabar las buenas disposiciones del gobierno, tratándose de colocar y premiar á beneméritos, tengo una gran complacencia, y felicito á quien toma parte en las justas elecciones y sobre la que acaba de hacerse en don Ramon Luis de Escovedo para intendente de Avila, quiero como que conozco á los sujetos que están empleados y merecen serlo por haber sido testigo de todas las alteraciones de gobierno desde que falleció Carlos III, instruir por conducto de su periódico la verdadera justicia y mérito de dicho Escovedo para acabar de llenar los deseos de los que aman la buena administracion y acierto del gobierno. Es muy cierto que don Ramon Luis de Escovedo ha sido nombrado intendente de Avila, y cierto tambien lo que dicen que se le debia tener presente para otras comisiones; pero Escovedo, moderado y patriota, pasa á servir gustoso dicha intendencia de Avila; olvidando que ha sido y es la quinta intendencia que desempeña, pues lo ha sido de Cadiz con comision regia, de Leon, dos veces de Segovia, y por añadidura jefe político de Sevilla; en cuyos destinos ha manifestado sus vastos conocimientos, su desinterés y decidido amor á la patria, sin añadir sus notorios padecimientos y persecuciones por ser demasiado públicos. Estas circunstancias que adornan á Escovedo le proporcionarán sin duda alguna otra intendencia mejor, y veremos colocados poco á poco á patriotas de las circunstancias dichas, si no iguales, á lo menos dignas de mucha atencion: tengo el mayor desconsuelo cuando me encuentro á menudo por estas calles patriotas de distinguidos méritos que por su indignidad y moderacion están oscurecidos, buscando su sustento con honor y ofreciendo sus conocimientos á particulares, á tal ó cual asistente, especulador, etc. Me llama mucho la atencion cuando veo de continuo á cierto padre de familia, militar desde el año de 1786 y antiguo empleado en el ramo de Hacienda, me lo he encontrado en la guerra de la independencia en Cadiz, en Portugal, en Galicia, en Castilla y en otras muchas partes siempre sirviendo á la patria y derramando sus intereses y celo por salvarla. Despues de dicha guerra presencié el pago que se le dió por sus distinguidos servicios el año 14, viéndole sacar de su casa entre bayonetas pública y horrorosamente estando su esposa de parto,

causando la catástrofe mas escandalosa y espantosa, peritiendo en el acto dos hijos suyos, uno de 13 años y el que estaba dando á luz su esposa en aquel momento; la que estuvo seis meses en cama para morir mientras su esposo gemia en duros calabozos los que con destierros, persecuciones, etc., duraron hasta el año 20: no pudieron ablandar el corazon de piedra del café Villela, ni los facultativos que asistian á la paciente, cinco tiernos hijos de rodillas, ni todo el vecindario del sitio mas público de la corte que rogaban tan solo por el arreglo en su casa y evitar las desgracias que subsiguieron: falta lo mas horroroso; por los ayes y quejidos estremados que daba en su encierro para saber y ver á su familia, y porque entre sus ayes, comunicándose á voces con compañeros de desgracia, usó de las expresiones que *ni en Constantinopla se daban tormentos mayores*; se mandó por el gobernador de la Sala que era entonces don Benito Arias Prada, (persa) se le pusiera una mordaza por mano del verdugo, por quince dias quitándose solo para tomar alimento. Hasta el alcaide, mas compasivo que estos malvados, se horrorizó y tembló al notificársela; dejándole desahogar hasta que cayó soporoso perdiendo la cabeza, cuya conmocion de cerebro le tuvo 26 dias enfermo, y fue por este motivo indultado con encargo y apercibimiento de no publicarlo ni darse por sentido. Si se fuera á seguir publicando lo que en los veinte y un años siguientes ha padecido este desgraciado, ocupaba el periódico de vms. basta decirles que este benemérito patriota está sin pan que dar á sus hijos, y sin colocacion, lleno de la mayor indignidad y dispuesto á continuar trabajando si se le manda, á pesar de tener 62 años de edad. Con la moderacion que acostumbra se ha hecho presente y así se halla, habiendo desempeñado todos los puestos de jefe en la Real Hacienda hasta la primera clase, como todos le han visto: siendo ademas conocido de todos los gobernantes, Próceres y Procuradores que han padecido con él entre calabozos y destierros que no son pocos. Está ademas continuamente recomendado por sujetos de distinguido carácter que se conocen, y no han podido menos de tomar parte. Si vms. tienen á bien en beneficio de la humanidad y de la causa pública insertar estos mis sentimientos en su apreciable periódico, les quedará muy reconocido S. S. S. Q. S. M. B.

El amante de la humanidad.=J. L.

JOAQUIN ARO.

Dijimos en nuestro número de antes de ayer que no queríamos hablar de Joaquín Aro en aquellas criticas circunstancias. Este desgraciado ha muerto ya, ha sufrido todo el rigor de su suerte, y nosotros hemos cumplido con la obligacion que nos impusimos de dejar obrar la accion de la ley en los momentos que tiene de mas terrible. Podria parecer intempestivo volver á suscitar esta materia que para bien deberia ser olvidada; sin embargo, justo es que el público sepa lo concerniente á la causa de Aro; con este objeto, reservándonos muchas reflexiones que se nos ocurren, publicamos el siguiente artículo remitido á esta redaccion y al que aludiamos en nuestro número de antes de ayer.

«La sorpresa y la indignacion que ha causado generalmente la sentencia con que la real audiencia de Madrid ha terminado la ruidosa causa formada en averiguacion de los autores de los desórdenes lamentables acaecidos la tarde del 17 de julio en el convento de santo Tomas, ha sido tanto mayor, cuanto se esperaba que adoptando la sala del crimen las indicaciones de su fiscal el licenciado Quijano, hubiera impuesto á los reos comprendidos en ella penas extraordinarias proporcionadas á la mayor ó menor culpabilidad que apareciese del proceso.

La lentitud con que caminaba en el último período del ple-nario, se presentaba como una circunstancia favorable para los procesados, porque de otro modo no podia continuarse la funesta precipitacion con que se habia instruido el sumario, el celo y la actividad desplegados en sus primeras diligencias, las órdenes superiores comunicadas al juzgado inferior, reencargándole la brevedad posible en su formacion, y los augustos terminos concedidos á los defensores de los reos para ordenar sus pruebas, y alegaciones, con la paralización que sufría el proceso sin causa ostensible durante cuarenta y seis dias transcurridos sin éxito, desde el señalamiento de la vista en los estrados de la audiencia hasta el en que ha recaído su fallo definitivo.

Los resultados no han correspondido sin embargo á las esperanzas que hacia concebir tan favorable reunion de circunstancias, y por mas que se espigue difícilmente este fenómeno jurídico, y no pueda atinarse con la razon que ha aconsejado la abreviacion de los términos legales del sumario en perjuicio tal vez de la buena defensa de los reos, para prolongar á sus espensas otros menos importantes y necesarios, lo cierto es, que Joaquín Aro contra el dictamen del fiscal y á despecho de mil circunstancias recomendables, ha sido la victima que ha espinado en un patibulo los horriblos crímenes que perpetraron otros, sin que por ello nos sea dado elogiar ni aplaudir la determinacion de la real audiencia.

Joaquín Aro cuenta apenas la tierna edad de 19 años, y su delito probado por su misma confesion, consiste solo en haber cogido de los claustros y porteria del convento de santo Tomas, diferentes ropas y efectos de los que arrojaba por inútiles la muchedumbre desenfrenada que le invadiera, causada ya del robo y del pillage, cuyo valor en venta será próximamente el de sesenta reales; juzgue ahora el público, pues ya lo han hecho antes con entera independencia sus inflexibles jueces, si tal delito sin mezcla de otro alguno, pues ni aun indicaciones de que le concibiera resultan del proceso, merece por castigo la severa pena que se le ha impuesto; si se ha guardado con él la propor-

ción entre la pena y el delito tan sabiamente recomendada por nuestras antiguas leyes, y en la afirmativa cual correpondria contra el traidor alevoso ó el inhumano parricida, siguiendo esta sangrienta escala de proporcion, aun cuando se colocaran en el catálogo de los castigos los inhumanos y bárbaros suplicios de los Nerones y de las Caligulas.

Si el delito de un robo simple perpetrado sin heridas ni muerte merece la imposicion de la pena ordinaria, ¿cuál merecerá el que en el memorable día 17 de julio profanó con escándalo la morada del Señor, y á su presencia y á la vista de sus altares derramó cruel la sangre inocente de sus ministros?

Tal vez la sentencia de la real sala querrá encontrar en las leyes el apoyo que la opinion pública la niega, volviendo á la observancia la cruel é inhumana pragmática del señor don Felipe V, pero si así fuese salvaria su imparcialidad la real audiencia, cuando á despecho de esta misma ley, y siguiendo las suaves inspiraciones de una compasion bien entendida, dulcifica todos los dias, y á todas horas en sus inapelables fallos el rigor excesivo de las penas? ¿Salvaria con ella su reputacion y sus conocimientos en la legislacion criminal, volviendo á la práctica una ley que la humanidad y la filosofía relegaron para siempre de nuestra patria? Cuando se ha descubierto que el gran edificio de la legislacion criminal descansa y estriba en la proporcion de las penas y de los delitos, los mismos que han de contribuir á sostenerle le minarian por los cimientos, dando accion y vida á una ley que castiga con igual severidad los hurtos domésticos y con violencia como los que no lo son, los perpetrados con fractura de puerta ó de pared como los mañosos y á escondidas, los cometidos á fuerza armada con herida ó con muerte, como los simples y sin armas ni heridas, á una ley en fin que destruyendo todos los principios de proporcion y de justicia, convida con el asesinato á los ladrones para ocultarse á la sombra y asegurar su impunidad de esta manera.

No, una ley que arrancó la fuerza irresistible de las circunstancias en tiempos de turbulencias políticas, cuando era necesario devolver á la justicia la fortaleza que habia perdido durante el último período de la dinastía austriaca, y reprimir con mano fuerte las libertades que trajo consigo la sangrienta guerra de sucesion, no puede convenir ni es justo que se observe en el siglo XIX, en el reinado de la ilustracion, cuando la conservacion del orden y del sosiego público descansa sobre medidas suaves de proteccion y de vigilancia, cuando la justicia ha recobrado del todo su vigor y su fortaleza, cuando se ha descubierto por fin el gran principio de que no en la severidad de las penas, sino en la puntual y exacta aplicacion de las que sean proporcionadas, existe la causa que produce la disminucion de los delitos.

Las leyes como todas las cosas humanas estan sujetas á las alteraciones y mudanzas de los tiempos, y á las veces las que cuando se establecieron eran justas y convenientes dejan de serlo con el trascurso de los años: entonces ya no es justo que se observen, y los esfuerzos que hacen para sostenerse serán siempre impotentes, porque no está en la mano variar la opinion comun de los hombres, las costumbres generales y las diversas circunstancias de los tiempos. Esto decía un célebre criminalista á fines del siglo XVIII, y no debieron en verdad olvidarlo á principios del siglo XIX los inflexibles jueces del desventurado Joaquín Aro.

En fin, su suerte está irrevocablemente sancionada, y hoy es el día en que un joven inexperto y candoroso, á quien atrastra la casualidad y la desgracia la tarde del 17 de julio al convento de Santo Tomas, y sin pasar de sus umbrales recoge algunos efectos despreciables de la propiedad de los religiosos, sin indicios de que perpetrara mayores crímenes, pues ni un cortaplumas se le encuentra al verificar su arresto en aquel mismo momento, va á espigar en un patibulo su indiscrecion y su delito, sin que á librarle de tan cruda suerte haya bastado su tierna edad, la noble franqueza con que se confesara delincuente desde las primeras diligencias del sumario, los clamores de un padre sexagenario, ni los nobles oficios con que el fiscal honró su ministerio pidiendo contra él y contra los demas reos comprendidos en la causa la imposicion de penas extraordinarias.

Grandes han debido ser los motivos que la Sala del crimen habrá tenido para separarse de la peticion fiscal en perjuicio de este menor mal aconsejado. ¡Ojalá no se haya equivocado en su juicio, y ojalá tambien que sea esta la última victima que se sacrifique á la memoria de dias tan aciagos. (Mensajero.)

Espectáculos.

TEATRO DEL PRINCIPE. A las seis y media de la noche: El Tasso, drama interesante en cinco actos, traducido del francés por don Ventura de la Vega. A continuacion se ejecutará baile nacional; terminándose la funcion con un divertido sainete.

TEATRO DE LA CRUZ. A las seis y media de la noche: Casa con dos puertas mala es de guardar, comedia en tres actos del teatro antiguo español, su autor don Pedro Calderon de la Barca; á continuacion baile nacional, dando fin con un gracioso sainete.

Este periódico se suscribe en Madrid en el despacho del Observador, calle del Principe, núm. 5 y 6, esquina á la de la Visitacion, en la librería de la viuda de Cruz, frente las gradas de San Felipe, de Orea, calle de la Montera, y en la de Sanz calle de Carretas.

En las provincias en las librerías de Piferrer, Barcelona; Hortal, Cádiz; Ferreís, Valencia; Hidalgo, Sevilla; Garcia, Bilbao; Sanz, Granada; Calvete, Coruña; B enedicto, Murcia; Rey Romero; San-